



LOTERÍA

REVISTA CULTURAL

Nº 516 / Septiembre - Octubre 2014

Junta Directiva:

Representante del
Ministerio de Economía y Finanzas
Dulcideo De La Guardia
Director de Ingresos

Representante
del Ministerio de Gobierno
Milton Henríquez
Ministro de Gobierno

Representante
de la Contraloría General de la República
Licda. Gioconda de Bianchini
Contralora General

Representante
de los Compradores de Biletos
Mgter. Mitzi Tejeira
Prof. Eduardo Galván Jiménez

Representante
del Sindicato de Billeteros de Panamá
Sr. Ceferino Acevedo

Por la Lotería Nacional de Beneficencia
Licdo. Efraín Medina
Director General a.i.

Por la Administración:

Director General a.i.
de la Lotería Nacional de Beneficencia
Licdo. Efraín Medina

Secretario General
Mgter. Gabriel Sánchez

Director de Desarrollo Social y Cultural
Licdo. Diego J. Duclias V.

Consejo Editorial:
Dra. Marisín Villalaz de Arias
Mgter. Denis Chávez
Sr. Ernesto Endara
Prof. Rommel Escarreola
Dr. Eduardo Flores
Dr. Alberto Moreno
Lic. Juan Antonio Tejada Mora

Correctora
Profa. Cila Barría

EL AVISTAMIENTO DEL MAR DEL SUR EN EL CONTEXTO DE LA EXPANSIÓN EUROPEA DEL SIGLO XVI

Por: Carmen Mena García

Conferencia inaugural de la Cátedra creada por la Universidad de Panamá para conmemorar el Descubrimiento de la mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa.

Distinguidas autoridades académicas, distinguido público. Es para mí un honor dirigirme a ustedes y participar con esta disertación en los solemnes actos de Conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento de la mar del Sur y, muy en especial, en la inauguración de la *Cátedra mar del Sur* con la que, junto a otras actividades, la Facultad de Humanidades pretende rendir tributo a un acontecimiento de resonancias planetarias y a un personaje de singular relieve: el jerezano Vasco Núñez de Balboa. Todo un honor, sin duda, que debo agradecer a la Universidad de Panamá, representada por su Excmo. rector el Dr. Gustavo García de Paredes, que ha tenido la amabilidad de acompañarme en este acto, así como a su decana magíster Carmen Guadalupe Córdoba. Muchas gracias a todos.

La conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa está suscitando innumerables celebraciones, tanto en España como en el resto de Europa y por supuesto, en Panamá. En todas

ellas recordamos uno de los hitos más relevantes de los tiempos modernos que jalonaron el proceso de la expansión europea, ensanchando las fronteras del orbe conocido: -simposios, jornadas, exposiciones, cátedras como la que ahora inauguramos, un viaje multitudinario de jóvenes ilusionados, procedentes de todos los países del planeta, que acudirán en los próximos meses a tierras panameñas siguiendo los pasos de Balboa: “*Ruta Quetzal-BBVA*”, y un largo etcétera. Sin olvidar otros encuentros que en los meses venideros y en el marco de la citada efeméride tendrán a Panamá como generoso país anfitrión. Nos referimos al VI Congreso de la Lengua Española que bajo el lema: *El español en el libro: del Atlántico a la mar del Sur* congregará en la ciudad de Panamá, en octubre de este año, a escritores, lingüistas e intelectuales de primerísima fila. No recuerdo un caso similar que haya concitado tanta expectación, tanto interés, como esta efeméride del Descubrimiento del océano Pacífico que constituye, sin dudar, una de las páginas más memorables de la historia panameña y de la historia universal a un mismo tiempo.

Más allá de las críticas que esta conmemoración y todos los esfuerzos vertidos en ella pudieran suscitar -algo, por lo demás, bastante usual en cualquier rincón del planeta especialmente por parte de aquellos que rechazan frontalmente las efemérides, fiestas patrias y otros aniversarios al considerarlos vanos fuegos de artificio e instrumentos glorificadores del pasado nacional, debería imponerse la razón. O, lo que es igual, deberíamos valorar los aspectos positivos de la celebración. Las efemérides, como ésta que ahora celebramos,¹ rememoran una serie de hechos históricos y culturalmente significativos en la construcción de la identidad nacional de un país; también evocan a los actores que desempeñaron un papel relevante en ese proceso. Pero siempre con sus luces y sus sombras, sin que el ruido de los acontecimientos nos confunda, sin dejarnos arrastrar por el imaginario glorificador, por ese fetichismo decimonónico de los personajes y los hechos históricos que lastran la perspectiva. Esta celebración puede servir para reivindicar la

1. No cabe duda de que el concepto de efeméride o conmemoración histórica que manejamos en este trabajo nada tiene que ver con el que prolifera en los últimos años. Incluso los países más avanzados del planeta parecen haberse contagiado de una particular fiebre conmemorativa, jalonando el calendario con innumerables celebraciones, casi siempre evocadoras de las conquistas de los tiempos modernos en ámbitos muy diversos: Día de los Derechos Humanos (10 de diciembre), Día Mundial del Medio Ambiente (5 de junio) o el Día Internacional de la Mujer Trabajadora (8 de marzo), por citar sólo algunos ejemplos. Tales efemérides se dan la mano con otras fiestas restringidas al ámbito nacional o incluso regional, para homenajear a determinados hechos histórico-culturales patrios o a colectivos, como el Día del bombero voluntario (2 de junio), el Día Nacional del Tango (11 de diciembre), ambas en Argentina, o en Panamá el Día Nacional de la Secretaría (26 de abril), el Día del Periodista (13 de noviembre), entre un largo listado de casos similares.

Historia, con mayúsculas, de un país -Panamá- al que se ha señalado con demasiada frecuencia por su desmemoria. También para contextualizar tanto el valioso aporte de los pueblos originarios como las bruscas interrupciones foráneas y los ricos mestizajes que generaron contactos multiseculares. He aquí uno de los aportes más valiosos de esta efeméride para los amantes de la historia y para los que, como yo misma, nos dedicamos al oficio de historiador, desde luego como una simple aficionada, porque la vida es muy corta y no da para más.

Hace ya mucho tiempo Acton trató de encontrar en la historia una vía de escape a la época que le tocó vivir: "La historia -a su criterio- debe ser quién nos libre, no sólo de la debida influencia de otros tiempos, sino de la indebida influencia del nuestro, de la tiranía del mundo que nos rodea y de la presión del aire que respiramos".² Ciertamente la conmemoración de los quinientos años del descubrimiento del Pacífico por Vasco Núñez de Balboa nos invita a reflexionar, sin ataduras, desde una perspectiva libre de cualquier influencia parasitaria, acerca del significado y trascendencia que este acto excepcional tuvo para la Historia Universal y para la Humanidad en su conjunto. Tal vez ello nos permita comprender mejor la realidad de nuestro tiempo así como las de otros mundos e historias múltiples, que han sobrevivido conectadas a escala planetaria desde los tiempos modernos.

UN NUEVO OCÉANO. UN SOLO MUNDO

Hoy, con una perspectiva de cinco siglos, el interés de aquella revelación parece agigantarse: Balboa fue el primer europeo en avistar en 1513, desde la orilla americana, nada menos que el mayor océano de la Tierra, el Pacífico, que con sus 165 millones de kilómetros cuadrados, aproximadamente, ocupa más de un tercio de la superficie terrestre y se extiende desde el mar de Bering y el Ártico, por el norte, hasta los bordes helados del mar de Ross en la Antártida, por el sur. Él es, sin duda, el responsable en gran medida de que nuestra Tierra sea conocida como el *planeta azul*, pues esta inmensa masa acuática desde una perspectiva aérea tiñe con su paleta de añiles la unidad geográfica más grande de la superficie terrestre. Su singularidad y grandeza viene dada por multitud de rasgos propios. Se ha dicho que "el

2. Lectures on Modern History, p. 33. Citado por Edward H. CARR: ¿Qué es la Historia? Barcelona, Ariel, 1999, pp. 91-92.

Pacífico es un mundo de islas entre continentes”.³ Y es que además de su extensión, este océano, la cuenca más antigua del planeta, es el que alberga un mayor número de islas y archipiélagos, bien sean de origen volcánico o coralino, pero con una distribución muy desigual, pues en su mayoría se reparten al sur de la línea ecuatorial. Allí, entre Asia y América se extiende un conjunto desigual de aguas y tierras emergidas, incluida la plataforma continental de Australia (*Terra Australis Incognita*), que fue bautizado por el geógrafo francés Conrado Malte-Brun (1775-1826) con el nombre de Oceanía -"la quinta parte del mundo"- en su obra *Géographie de toutes les parties du monde* (París, 1803-1807). Este continente insular, el más pequeño del planeta, comprende también las islas mayores de Nueva Guinea y Nueva Zelanda y los archipiélagos de Melanesia, Polinesia y Micronesia. En su límite más extremo, el Pacífico sur está ocupado por las tierras heladas e inhóspitas que conforman el continente antártico -conocido también como el *sexto continente*- que contiene la mayor reserva mundial de agua dulce del planeta y sigue siendo lugar privilegiado para la investigación científica mundial. Al igual que su correspondiente en el polo norte: el Ártico, en donde convergen los límites de cinco países, algunos de ellos piezas claves en la geopolítica y la economía mundial, como Estados Unidos y Rusia.

El escenario insular del Pacífico es más débil -decíamos- al norte del Ecuador, pero no carece de interés. Allí se sitúan las islas del Japón que en los últimos años han adquirido un papel significado por su población, actividad económica y valor geoestratégico. Algo similar podría afirmarse de sus vecinas las islas chinas de Taiwan y Hainan, así como las que componen los archipiélagos de las Filipinas, especialmente las de mayor extensión, como Luzón y Mindanao y las de Indonesia, ya vinculadas al Índico, entre las que destacan Java y Sumatra.⁴

Sólo cuatro pasillos rompen el aislamiento milenario del Pacífico y el Atlántico: tres de ellos son naturales y se localizan en el extremo austral del continente americano: los pasos del estrecho de Magallanes, y el cabo de Hornos, este último en el límite norte del Pasaje de Drake, utilizado a partir de su descubrimiento en 1616; además del Canal de Beagle, descubierto

3. BERNABEU, Salvador: "La mar del Sur: apuntes sobre su marco natural y humano", en Catálogo de la Exposición Pacífico, España y la Aventura de la mar del Sur. Madrid, Archivo General de Indias, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte/Acción Cultural Española/Fundación Cajal, p. 25.

4. JAÉN SUÁREZ, Ornar: Hacia una Historia Global. Quinientos años de la cuenca del Pacífico (en prensa), pp. 10 y SS.

en 1830 por el comandante inglés Robert Fitz Roy. Y desde 1914, uno artificial: el Canal de Panamá, “hollado por la mano del hombre”, tal y como vaticinaba Francisco de Gómara, magnífica obra de ingeniería civil abierta a la navegación mundial en la cintura más estrecha del istmo, aquí donde dos continentes se dan la mano.

Vasco Núñez descubrió un nuevo océano al que llamó la mar del Sur, convencido, como estaba, de haber llegado a las riberas “del otro mar”. Recientemente un grupo de jóvenes se interesaban por las razones que tuvo el extremeño cuando eligió este nombre y no otro. Les expliqué que por una certeza geográfica, simplemente por eso. Bien lo saben ustedes: Panamá es un istmo, una franja de tierra angosta orientada de este a oeste, entre Colombia y Centroamérica. La expedición descubridora, que desconocía casi todo del escenario geográfico en el que sobrevivía con grandes esfuerzos, comenzó su exploración desde el puerto caribeño de Acla -en la Mar del Norteó Atlántico- el único océano visitado hasta entonces por los españoles. Cuando los hombres de Balboa atravesaron la estrecha franja de tierra y llegaron a la costa opuesta tuvieron la certeza de estar frente a un mar nuevo y desconocido, la mar del Sur o mar Austral, que más adelante sería conocido como el Pacífico. Tras este famoso encuentro, Oviedo informa que *“con sus manos todos ellos probaron el agua e la metieron en sus bocas como cosa nueva por ver si era salada como la destotra mar del Norte”*. Con la simpleza de un niño que da sus primeros pasos por la vida, los españoles buscan en aquellas aguas un rasgo diferencial, algo nuevo y sorprendente, y mientras tanto se sientan en la arena de la playa, aguardando impacientes la subida de la marea, para tomar posesión del nuevo océano con las ceremonias acostumbradas y con el agua a la cintura. Naturalmente su llegada al nuevo océano ha coincidido con la bajamar, desmesurada, insolente, como casi todo en este océano. Pues es bien sabido que la carrera o amplitud del flujo y reflujo marítimo adquiere en el Pacífico dimensiones extraordinarias -lo que los expertos denominan “rango macromareal”-, ya que durante el mes lunar puede oscilar entre tres y seis metros de amplitud, mientras que las que se observan en las aguas del Caribe no superan el metro. Tiene razón Omar Jaén cuando anota que “esa realidad de la naturaleza, la gran diferencia de mareas en poca distancia, sería la prueba más contundente de que (Balboa) está en un mar muy distinto puesto que las mareas no cambian en Europa de manera tan radical en distancias tan cortas”.⁵ Pero el extremeño no es capaz de percibir la diferencia ni sospecha la inmensidad que se abre ante

sus ojos: un nuevo océano, indómito y lleno de sorpresas, aguarda a que los europeos le arrebatan sus secretos. En muy breve tiempo, la resonancia del acontecimiento sobrepasará las encogidas fronteras del Viejo Mundo, ampliando hasta el infinito sus horizontes.

Acostumbrados, como hoy estamos, a utilizar el avión para desplazarnos hasta cualquier remoto punto del planeta, apenas podemos imaginar el esfuerzo humano y los avances técnicos que a lo largo de los siglos posibilitaron a nuestros antepasados, primero, vencer el miedo a ese gigantesco océano -tan vasto como desconocido- que el imaginario medieval había poblado de fantasías y seres monstruosos, y luego, controlarlo y dominarlo con medios y conocimientos tan rudimentarios. En ese largo proceso que desembocó en lo que Gruzinski llama la “mundialización ibérica”,⁶ el Pacífico dejó de ser barrera infranqueable para convertirse en sendero franco y vía de comunicación entre pueblos y civilizaciones de cinco continentes. Pero antes había que explorar las costas, domeñar los mares, conocer los vientos y las corrientes hasta descubrir una ruta de regreso -el famoso tornaviaje- que permitiría por espacio de tres siglos con el galeón de Manila, también conocido como *nao de la China o galeón de Acapulco*, la conexión entre Asia, América y Europa y con ésta un firme impulso a los intercambios culturales y a la Economía-Mundo con sede en las metrópolis europeas.⁷

Conforme se sucedían exploraciones y conquistas, los imperios ibéricos se involucraron a lo largo del siglo XVI en una movilización militar, religiosa y económica sin precedentes. Su actuación precipitó los mestizajes: hombres y mujeres de todas las razas y culturas circulan por millares entre las cuatro partes del mundo, a veces de manera forzada lo que suele acarrear un enorme desarraigo y la consiguiente pérdida de identidad. En 1572 en un farragoso pleito en el que se pretendía dilucidar el verdadero origen de cierto esclavo traído a Sevilla -se debatía si era de la India portuguesa o de China-, Isabel García, casada con un panameño, ambos asentados en la Babilonia hispalense, testificó, sin perder la compostura, que el tal esclavo era chino,

5. *Ibidem*, p. 12.

6. GRUZINSKI, Serge: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

7. Concepto acuñado por Immanuel W ALLERSTEIN. El autor considera que el proceso de gestación de la Economía-Mundo capitalista, que era sin duda, como dice Fernand Braudel, “vasta, pero débil” se enmarca entre 1450 y 1560. *El moderno sistema mundial. Vol. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Editorial Siglo XXI, p. 94. CHAUNU, Pierre: *La expansión europea (siglos XIII-XV)*. Barcelona, Nueva Clío, 1977, p. XXI.

circunstancia que conocía por ser ella natural de “Panamá que es cerca de la dicha provincia de la China”.⁸

LAS INDIAS, CATHAY, CIPANGO Y UN MAR DE CONFUSIONES

A comienzos del siglo XVI, la vieja civilización occidental todavía ignoraba la existencia de esta gran masa acuática que una monarquía hispánica, de afanes planetarios, iba a controlar durante más de dos siglos, poniéndola al servicio de sus miras imperiales. No sin razón, este espacio doméstico, de vastas dimensiones, será conocido por mucho tiempo como el “*lago español*” y, más adelante, cuando Inglaterra, transformada ya en la primera potencia naval europea, arrebate su cetro al imperio filipino, como el “*lago inglés*”.

En los tiempos actuales, los modernos medios de comunicación de masas en la nueva era de la globalización, también conocida como la “*era digital*”, ha conectado a todo el planeta en tiempo real: modernos aviones, telefonía móvil, televisión, Internet... han roto definitivamente las barreras que separaban materialmente a los hombres en épocas pasadas. Hoy día, en efecto, con los sofisticados medios de los que disponemos, resulta difícil entender cómo a finales del siglo XV nuestros antepasados exhibían tamaña ignorancia respecto a las dimensiones y a la realidad geográfica y humana del planeta que ocupaban.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. En aquella encrucijada secular, el espacio que se extendía más allá del actual Oriente Medio era un mundo prácticamente desconocido para los europeos. Bien es sabido que la búsqueda de una vía de comunicación alternativa para llegar a la India, así como al Cathay y al Cipango de Marco Polo, fue la causa del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la “*quarta pars*” vespuciana, por Cristóbal Colón, en 1492. Y como ha puesto de relieve el académico español Juan Gil en una sugestiva obra, la India, esto es la región del Indo (el actual Pakistán), fue durante toda la Edad Media, al igual que todo el Sudeste asiático, un estereotipo de imposibles, un escenario de mitos y portentos, un auténtico mar de confusiones geográficas. La culpa de todo este dislate la tuvieron los geógrafos e historiadores de la Antigüedad grecolatina, quienes dejaron en sus

8. GIL, Juan: La India y el Lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro. Sevilla, Biblioteca de Temas Sevillanos, 2011, p. 246.

obras una visión sesgada y muy imperfecta de todo el Extremo Oriente que deformó durante siglos la apreciación -directa o indirecta- de aquellos países por parte de los europeos. Y así cuando el Gran Almirante negoció y obtuvo para sí el vacío título de “Virrey de las Indias”, utilizó el plural apelando a la geografía ptolemaica que dividía la India “aquende el Ganges” y la India “allende el Ganges” y a las concepciones medievales que hablaban de India mayor, India mediana e India menor. Y así - concluye el citado autor- “cuando los portugueses llegaron a la India verdadera, los cosmógrafos se las vieron y desearon para encajar los datos que les proporcionaban las nuevas navegaciones en las coordenadas geográficas de la venerada Antigüedad”.⁹

En lo que respecta a chinos y japoneses, los hombres de la Antigüedad tuvieron un conocimiento muy escaso sobre ellos y las pocas noticias que circulaban estaban plagadas de fantasía. A finales del siglo XIII y principios del XIV, el mercader veneciano Marco Polo dio a conocer a Occidente el Cathay, el misterioso mundo del Gran Khan, a través de su famosa obra “*Il Millione*”, que alcanzó un éxito rotundo y sirvió para rescatar de la oscuridad, aunque tamizada con los estrechos encajes mentales del medievo, la cultura del Lejano Oriente y a sus habitantes los chinos (los *Sinai* o *Seres*). Marco Polo también dedicó algunos capítulos de su libro al Japón alabando las riquezas de una isla -*Cipango*- que el Gran Khan había tratado de conquistar sin éxito. Al pueblo de los seres (origen de la palabra *seda*) se lo identificaba con el mito del buen salvaje y con una añorada Edad de Oro inserta en la remota tradición cristiana del milenarismo, que encontró en el siglo XII, con el franciscano Joaquín de Fiore, un amplio eco. Los *seres*, según se decía, vivían en contacto con la madre naturaleza, eran sencillos y bondadosos y llevaban una existencia muy pacífica. Por esta razón, Bartolomé de las Casas compara en repetidas ocasiones a los indios *taínos* con los *seres*, a los que define como “pueblos orientales de la India, de quien por los autores antiguos se dice ser entre sí quietísimos y mansísimos”. También los *taínos* de La Española, de Cuba y especialmente de las islas Lucayas se mostraban, como el pueblo de los seres, hombres tan pacíficos, sencillos y llenos de virtudes “que parecía no haber pecado nuestro padre Adán en ellos”.¹⁰ Como era de esperar, este paraíso natural se derrumbó cuando los españoles irrumpieron violentamente en las Antillas y en la idílica vida de sus pueblos.

9. *Ibidem*, pp. 42-45.

10. CASAS, fray Bartolomé de las: *Historia de las Indias*. Madrid, BAE, 1957, I, p. 143 y II, p. 223.

En 1492, los Reyes Católicos dieron a Cristóbal Colón tres cartas de presentación, escritas en latín, para todos los reyes y señores de la India y en particular para el emperador chino, para el Gran Khan, que había fallecido hacía más de un siglo (1368), pero ¿quién conocía semejante circunstancia...?¹¹ Cuando el Gran Almirante atraviesa el inmenso océano y explora las primeras islas, denomina “indios” a sus habitantes y escribe una carta a los Reyes Católicos, sus patrocinadores, en estos términos: *“Deseo partir hacia otra isla más grande que creo debe ser Cipango (Japón), en base a los signos que hacen estos indios que tengo conmigo...; pero estoy decidido a proseguir hasta llegar a tierra firme y a la ciudad de Quinsai (según Marco Polo la ciudad del Gran Khan en China) para entregar las cartas de Vuestras Majestades al Gran Khan y pedirle una respuesta y regresar con ella”*. Más adelante, Colón, mientras sigue insistiendo en que ha llegado a tierras asiáticas, concentrará todos sus afanes en encontrar un paso marítimo que lo conduzca al océano Índico. Lo imagina aquí en Panamá.

EL DESCUBRIMIENTO DE COLÓN VINO DADO POR LA BÚSQUEDA DE UNA VÍA ALTERNATIVA

1492 marca el inicio de la Modernidad y con ella la aparición de una verdadera Historia Universal.¹² Hasta el siglo XV, la relación hombre y espacio era incompleta y discontinua. El mundo se dividía en culturas fragmentadas y ecosistemas propios. El distanciamiento se había iniciado unos ciento cincuenta millones de años atrás cuando una gran masa continental -*Pangea*- se elevó sobre la superficie de los océanos y luego se fragmentó, dando lugar a los distintos continentes y a los espacios insulares, cada vez más alejados entre sí mediante el progresivo movimiento de las placas tectónicas de la corteza terrestre. Lentamente, cada espacio fragmentado fue evolucionando de una manera diferente y la diversidad cultural de pueblos y civilizaciones se hizo tan grande e irreconocible como sus propios hábitats.¹³

Ciertamente a fines del siglo XV los distintos pueblos que habitaban el planeta, algunos de gran extensión y densidad demográfica, como el imperio

11. Sobre estas credenciales informa Atice B. GOULD: Nueva Lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492, p. 242.

12. Felipe FERNÁNDEZ-ARMESTO reflexiona sobre los cambios acaecidos en este simbólico año a nivel planetario que hicieron posible, como él mismo expresa, “la reanudación de los vínculos a escala mundial”. 1492: The Year the World Began. La edición castellana 1492: El nacimiento de la Modernidad Traducción del inglés de Ricardo García Pérez. Barcelona, Debate, 2010.

13. *Ibidem*, p. 23

chino de la dinastía Ming, apenas conocían la realidad geográfica del mundo que ocupaban, más allá de sus fronteras mentales y territoriales, y formaban, como dice Chaunu, *universos cerrados* o *universos-isla*.¹⁴ Algunos se relacionaban entre sí a través de milenarias rutas terrestres y marítimas, y habían explorado otras costas en busca de nuevos pueblos y nuevas riquezas, pero los vínculos eran débiles e intermitentes y afectaban sólo a una minoría. En tal sentido, los descubrimientos geográficos iniciados en esta época no sólo dieron lugar, como subraya el citado autor, a “la mayor mutación del espacio humano” de la historia universal sino que permitieron, con la total apertura de los espacios marítimos, la explosión planetaria del Occidente latino y la conexión de los hasta entonces universos aislados. El proceso de extraversión liderado por la Europa Occidental durante dos siglos permitió, entre otros importantes aspectos, derribar barreras milenarias entre espacios ajenos, dar cabida a los intercambios humanos, económicos y culturales y establecer una comunicación permanente entre los cinco continentes. Un fenómeno que en inequívoca síntesis “funde a los distintos mundos en uno solo, otorga carta de naturaleza y constituye el nacimiento de un solo mundo”.¹⁵ Ahora bien, la globalidad no implica univocidad ni miradas sesgadas desde una perspectiva eurocéntrica, que es la que ha prevalecido hasta nuestros días. Y en este sentido tal vez las *“Connected Histories”*, según la formulación del historiador Sanjay Subrahmanyam, puedan servir para desterrar los planteamientos previos de la *Historia Comparada* y a reconocer a un mismo tiempo que al margen de las conexiones históricas, las historias son múltiples y diversas, aunque con frecuencia se relacionen entre sí.¹⁶

Desde la época de las Cruzadas, el imaginario europeo concebía a Asia como un paraíso idílico de riquezas y virtudes. En realidad sólo poseía imágenes vagas y distorsionadas de un continente que albergaba a algunas de las más compactas civilizaciones del planeta, aunque los vínculos comerciales entre las principales ciudades del Mediterráneo y el Oriente, con sus inevitables interrupciones, existían desde la Antigüedad. La seda y las especias eran los rubros más poderosos y codiciados de este comercio. Largas caravanas de camellos, yaks o mulos transportaban valiosas mercancías por senderos

14. La expansión europea, p. 4 y ss.

15. MARTINEZ SHA W, Carlos y Marina ALFONSO: Europa y los Nuevos Mundos en los siglos XV-XVIII. Madrid, Síntesis, 2008, p. 12.

16. “Connected Histories: Notes Towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia”, en Víctor KIEBERMAN (ed.): Beyond Binary Histories. Re-imagining Eurasia to C. 1830. Ann Arbor. The University of Michigan Press, 1977, pp. 289-315. La cita es de GRUZINSKI, Las cuatro partes del mundo, p. 44.

interminables atravesando oasis y paisajes inhóspitos. La *Ruta de la Seda* recorría por espacio de 11.265 kilómetros el espacio comprendido entre Chang'an (Xian) en el norte de la China hasta llegar al Mediterráneo, atravesando el Turquestán, Afganistán y finalmente Persia. Cuando la guerra interrumpía la ruta terrestre, se utilizaban senderos marítimos que atravesaban el océano Índico y el mar Rojo hasta los puertos principales del Medio Oriente. La temprana presencia de mercaderes genoveses en India y China sugiere que el comercio de la seda estaba en manos de los italianos. Venecia era el gran mercado de las especias, compradas sobre todo en Alejandría de los mercaderes musulmanes. He aquí otra de las partidas más valiosas de este comercio intercontinental que alentaba la *Ruta de las Especias*: la pimienta negra de la costa Malabar, la canela de Sri Lanka (Ceyland), el clavo de las Molucas o el gengibre de la India y Sudeste Asiático, éste último utilizado por los navegantes desde tiempos muy remotos para luchar contra el escorbuto.¹⁷ Todo este complejo mundo de conexiones y dependencias era desigual. Por eso se mantiene que Europa necesitaba a Asia más de lo que Asia necesitaba a Europa: los lujos asiáticos y particularmente las tan codiciadas especias se habían convertido en una necesidad vital para los europeos, al menos para las clases más pudientes. Mientras tanto, el Islam se beneficiaba en su papel de "inevitable intermediario".¹⁸ Pero a lo largo del siglo XV, ese tráfico se vio progresivamente interrumpido por los vaivenes políticos del mundo asiático que provocaron no sólo la inestabilidad de las rutas terrestres sino también el bloqueo parcial de las salidas levantinas y bizantinas del Mediterráneo. El surgimiento de un nuevo poder turco encabezado por los osmanlíes, más agresivos y eficaces que sus predecesores y las vandálicas incursiones de Tamerlán, no hacía presagiar nada bueno. De hecho, como observa Spate, "Bizancio llevaba tanto tiempo aislado por el poder otomano que su caída en 1453 se limitó a rubricar un hecho consumado". Aunque este final era más que previsible, la Cristiandad quedó conmocionada con la noticia y con los perjuicios comerciales que ello acarreaba. La interposición islámica significaba que el paso hasta Oriente por el Mediterráneo, además de largo y costoso se hallaba interceptado por los musulmanes y las posibilidades de un recorrido exitoso por las antiguas rutas terrestres se volvieron cada vez más remotas. Afortunadamente para entonces el Occidente europeo, sin saberlo,

17. SIERRA DE LA CALLE, Bias: *Catay, el sueño de Colón*. Consejería de Educación y Cultura, Junta de Castilla y León, 2002, pp. 12-16.

18. SPATE, O.H.K: *The Spanish Lake: The Pacific since Magellan*. ANU Press, Australia, 1979. ja edición en español, *El Lago Español*. Madrid, Casa Asia España, 2006, p. 60.

ya disponía de los suficientes medios para romper este cerco y una necesidad acuciante de realizarlo. Sólo se necesitaba coraje y determinación para acometer esta “tarea revolucionaria”.¹⁹

En efecto, a fines del siglo XV se inicia en Europa la conocida como “*época de los descubrimientos*” que vino facilitada por el resurgimiento cultural de Occidente, por su expansión económica y por una serie de avances técnicos de sobra conocidos. Utilizando una expresión coloquial digamos que para entonces la fruta estaba madura y lista para caer del árbol. El mundo ibérico lidera la aventura atlántica. España y Portugal se lanzan a la exploración de los mares en un momento en que, como ya dijimos, las circunstancias económicas, sociales y culturales de Europa la impulsan a su proyección ultramarina. Los factores del “privilegio ibérico” han sido bien sintetizados por Chaunu, lo que nos libera de insistir en ellos.²⁰

La búsqueda de una vía alternativa fue iniciada por Portugal, empeñada en llegar a Oriente bordeando el continente africano, con el decidido impulso del infante don Enrique y la Escuela del Sagres. Los esfuerzos lusitanos obtienen su recompensa cuando Bartolomé Dias dobla en 1487 el cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur del continente africano, y luego en 1497-1499 cuando Vasco de Gama consigue llegar a la India y retoma en un largo viaje oceánico que marca un hito en la historia de las navegaciones. La pugna marítima entre ambas potencias ibéricas -Portugal y España- no había hecho más que empezar. En este contexto, mientras Portugal ensayaba la vía africana y los Reyes Católicos celebraban en España el fin de la Reconquista peninsular con la toma del Reino nazarí de Granada y el cierre de una frontera multiseccular, Cristóbal Colón ofrecía a los monarcas españoles un osado proyecto, previamente rechazado por Portugal, que supondría un cambio fundamental en la historia planetaria. Puesto que el Tratado de Alcaçovas-Toledo (1479) había reservado a los portugueses la ruta del sur por la vía africana, el imaginario colombino planeaba alcanzar las Indias y las tierras del Gran Khan por la ruta occidental, a través del océano Atlántico. Un sueño que en ese año mágico de 1492 iba a convertirse en realidad.

En uno de nuestros trabajos más recientes repasábamos la actividad de Colón cuando en el transcurso de su cuarto viaje (1502) recorrió las costas

19. *Ibidem*, pp. 50-51.

20. CHAUNU, P., *La expansión europea*, pp. 51 y ss.

panameñas en busca de las Indias Orientales y las tierras del Gran Khan. Recordábamos cómo el gran marino “trasladó su sueño asiático más allá de las Antillas hasta el flanco continental que él bautizó como Veragua. Pero fracasó en la búsqueda del estrecho, de un paso que permitiera alcanzar el océano Índico desde la Tierra Firme, considerada como una avanzadilla de Cipango (Japón) en el fantasioso proyecto de Colón. Naturalmente el Gran Almirante no encontró el estrecho marítimo y menos aún la Especiería, aunque mientras exploraba la Boca del Dragón (hoy Bocas del Toro) y la laguna de Chiriquí anduvo convencido de que navegaba por algún extremo de las costas de Asia, muy cerca del tan ansiado estrecho. Y aquí reside lo más importante, quizás, del postrero viaje del Almirante: la certeza por las noticias que le aportaron los nativos de que Panamá era un istmo, un estrecho de tierra entre dos mares. No le faltaba razón. Desde que se supo por los cuevas de la existencia de otro mar y se tomó conciencia de que las tierras recién descubiertas - bautizadas como la Tierra Firme era una barrera terrestre que se encontraba en medio del camino para llegar a la Especiería, los españoles centraron todos sus esfuerzos en encontrar un paso, un canal natural, una ruta más corta, en suma, que les condujera hasta allí”.²¹

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA Y LA MAR DEL SUR

El otro mar -un vasto y desconocido océano para los europeos- irrumpe en escena en 1513, año que es testigo de un nuevo gran descubrimiento después del de 1492. Asistimos ahora a un descubrimiento y a una toma de posesión especial: la del mar del Sur. Es de destacar que hasta entonces la posesión de las huestes españolas se había realizado sobre nuevas tierras, en ésta, y por primera vez, lo posesionado es un océano. El protagonista -Vasco Núñez de Balboa- es un hidalgo extremeño, natural de Jerez “cerca de Badajoz”. Con él se materializa un sueño largamente acariciado (el de Colón); culmina una hazaña de las que muchos hubieran querido apropiarse, y se ensancha el ecumene con el descubrimiento de una gran masa acuática y el paulatino encogimiento de Occidente, que ya vaticinaban los viajeros más astutos desde el siglo XIII.²² Los hechos son sobradamente conocidos: la inestimable colaboración de los cuevas, los “sesenta y siete de la fama”, el avistamiento desde “un monte raso” de las aguas del nuevo océano, la

21. MENA, Carmen: “Con Rodrigo de Bastidas y Cristóbal Colón se inicia la historia de Panamá”, en Colón, los marinos y los puertos. David González Cruz (coord.). Madrid, Ed. Silex, 2012, pp. 391-418:409.

22. GIL, J., La India y el Lejano Oriente, p. 77.

constatación de que el agua era salada como la del otro mar, el primer contacto con las perlas rescatadas por los nativos en las aguas del golfo y una larga y prosaica sucesión de hechos, tan conocidos que no merece la pena relatarlos. No obstante, la relación hombre y espacio de esta exploración de alcance planetario no ha quedado suficientemente esclarecida. Como ya señalamos en otra ocasión, todo lo relacionado con Balboa adolece de grandes vacíos, de retazos oscuros. Pese a su extraordinaria importancia, todavía se barajan fechas distintas respecto al avistamiento de la mar del Sur por el español: ¿fue un martes 25 de septiembre, como anota Oviedo, o dos días más tarde, como sospecha su autorizada biógrafa Kathleen Romoli? Tampoco conocemos el lugar preciso. Gonzalo Fernández de Oviedo narra en su crónica que Balboa eligió a 67 hombres -«los sesenta y siete de la fama»- entre los que se encontraba su lugarteniente Francisco Pizarro, para acompañarle en su recorrido hacia la cumbre de “un monte raso” que se divisaba a lo lejos, éste seguramente ubicado en las últimas estribaciones del sudeste de la serranía de Majé. Ahora bien, existen muchas dudas acerca del famoso emplazamiento desde donde Balboa divisó por primera vez el Pacífico. Tradicionalmente se ha mantenido que se trataba del “*Pechito Parado*”, un monte situado en esta sierra a 600 metros de altitud. Pero hay autores, como el reconocido geógrafo Ángel Rubio, que sospechan que esta cima no sirvió a Balboa de punto privilegiado para su primera visión de la mar del Sur, sino más bien la del monte Urrucallala, a menos de 400 metros de altura. ¿Y a qué punto exacto del golfo de San Miguel llegó la hueste española en su descenso hasta las aguas del Pacífico?²³ Ciertamente, los imprecisos límites de los cacicazgos cuevas que Balboa y sus hombres visitaron en su recorrido por las tierras del Istmo, impiden el conocimiento certero del avance expedicionario y dejan muchas dudas por despejar sobre la verdadera ruta.

Tiene razón Spate cuando afirma que Balboa no sabía en realidad a qué mar había llegado.²⁴ No obstante, alienta grandes esperanzas de que tras él se encuentren las ansiadas Indias -paraíso de la Especiería- y el Catay, anhelos reales o fingidos que, sin duda, agigantaban el hallazgo. Pese a los abrumadores espacios y los rudimentarios medios, las noticias circulan con facilidad a ambas orillas del Atlántico: informes, rumores y toda clase de chismes, algunos inverosímiles, secundan la movilidad de los hombres, acortando las distancias.

23. RUBIO, Ángel: La Ruta de Balboa y el Descubrimiento del Océano Pacífico. México D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1965, p. 86.

24. SPATE, El Lago español, p. 33.

Dos compañeros de Balboa viajan en 1516 a Sevilla y tras entrevistarse con el célebre cortesano Pedro Mártir de Anglería, le informan sobre las expectativas que alienta a la colonia española de Santa María de la Antigua del Darién: “Los dos cuentan -anotaba Anglería- éste por haberlo oído, aquél por haberlo visto, que en la mar austral hay varias islas al occidente del golfo de San Miguel y de la isla Rica, en la mayor parte de las cuales se crían y cultivan árboles que crían el mismo fruto de la tierra de Calicut. Calicut, Cochín y Camemori es la feria de aromas para los portugueses; infieren que no lejos de allí está la tierra productora de todos los perfumes”.²⁵ La singular atracción de la Especiería es una de las razones que impulsa la fundación de la ciudad de Panamá en 1519, especie de avanzadilla europea anclada al borde del Pacífico pues, tal y como se indica en su escudo de armas otorgado por el emperador Carlos V en 1521, aún se espera que “*por allí se ha de hacer el descubrimiento de la Especiería*”.²⁶ Han transcurrido seis años del gran avistamiento.

Balboa toma posesión en nombre de los reyes de Castilla de las aguas del nuevo océano no una, sino tres veces. Mientras hunde su espada en la mar del Sur, desconfía de que otros le arrebaten su merecida hazaña. No le sobran razones. Como hombre de su tiempo, recurre a las formalidades características del imaginario descubridor: gestos solemnes, fórmulas estereotipadas vertidas a los cuatro vientos y un ceremonial tan pomposo como arcaico, que se pierde en la noche de los tiempos:

“Vivan los muy altos e muy poderosos reyes don Fernando e doña Juana, Reyes de Castilla e de León e de Aragón, en cuyo nombre, e por la corona real de Castilla, tomo e aprehendo la posesión real e corporal e actualmente destas mares e tierras e costas e puertos e islas australes, con todos sus anejos e reinos e provincias que les pertenecen o pertenecer pueden, en cualquier manera e por cualquier razón e título que sea o ser pueda... en nombre de los Reyes de Castilla, presentes o por venir, cuyo es aqueste imperio e señorío de aquestas Indias, islas e Tierra Firme septentrional e austral, con sus mares, así en el polo Ártico como en el Antártico, en la una y en la otra parte de la línea equinoccial, dentro o fuera de los trópicos de Cáncer e Capricornio... e agora e en todo tiempo en tanto que el mundo durare hasta el universo final juicio de los mortales”.²⁷

26. Véase el escudo citado en MENA, C. La Sociedad de Panamá en el Siglo XVI. Sevilla, Excma. Diputación Provincial de Sevilla, 1984, p. 259.

27. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: Historia General y Natural de las Indias, Ed. Juan Pérez de Tudela, 5 vols. B.A.E., Madrid, 1959; III, p. 212 y 214.

Y es así como al igual que el Gran Almirante, quien había iniciado con su gesta la incorporación de un nuevo continente al Viejo Mundo, Balboa incorpora ahora un océano, el Pacífico, que servirá para unir definitivamente a todo el ecumene. Colón intuía que muy cerca de Veragua existía un istmo, un paso estrecho que miraba hacia dos mares, algo que pudo demostrar años más tarde el extremeño Vasco Núñez. Lo que ignoraba es que aquel paso era terrestre y que sólo la mano del hombre lo convertiría, transcurridos varios siglos, en uno de los canales más importantes del mundo: el gran Canal interoceánico de Panamá. Las consecuencias geopolíticas del gran hallazgo no pueden pasar inadvertidas. Con el descubrimiento de la mar del Sur, Panamá toma conciencia de su verdadera entidad geográfica: la de istmo o puente entre dos mares y futuro epicentro del continente americano por el que transitaran hombres, mercancías y tesoros. Una vocación que sólo adquiere su auténtica dimensión a partir de 1530 cuando Francisco Pizarro, uno de los capitanes de Balboa, emprenda la anexión del Incaio.

“En sentido estricto, <el Pacífico> no existió como tal hasta que en 1520 Fernando de Magalhaes, más conocido como Magallanes, atravesó la enorme extensión de aguas que entonces recibieron su nombre... Balboa había visto no el Pacífico, había visto el mar del Sur, y ese nombre se conservó en el lenguaje coloquial y, de forma muy general, en los mapas y en los discursos académicos”.²⁸ Con estas palabras el reconocido historiador y geógrafo Oskar Spate iniciaba su análisis de un proceso mediante el cual un inmenso espacio oceánico iba a convertirse en escenario de la globalización, en centro de gravedad del comercio y de la economía mundial en encrucijada de varios continentes que habían permanecido aislados desde la noche de los tiempos.

La memoria histórica resulta a veces extremadamente ingrata. ¿Quién podía imaginar en 1513 que aquella hazaña que conmocionó la corte castellana y alentó tantas expectativas iba a convertirse en flor de un día? Ciertamente el descubrimiento de la mar del Sur, la gran hazaña de Balboa, cayó muy pronto en el olvido, así como su protagonista. Vasco Núñez halló el tan ansiado océano en tierras panameñas, pero no fue capaz de encontrar el estrecho marítimo para atravesarlo, sencillamente porque no estaba allí. La expedición de Magallanes/Elcano materializaba por fin el acariciado sueño de Colón: se

28. SPATE, El lago español, p. 33.

había hallado una vía para llegar a la India navegando hacia occidente, el ansiado paso entre los dos océanos. Dada la enorme trascendencia de este hecho, la hazaña del portugués, iniciada en Sevilla en 1519, tan sólo seis años después, fue más recordada que la de Balboa. Y éste, poco a poco, fue cayendo en el olvido. Una verdadera injusticia histórica que no será reparada hasta el siglo XIX cuando la historiografía decimonónica comience a rescatar al descubridor, transmutado en héroe.